

SAN LUIS GONZAGA (1568-1591), PATRONO DE LA JUVENTUD CRISTIANA (21 de junio)

Una historia del seguimiento de Cristo y de entrega a los más necesitados. El P. Paolo Molari sj, Postulador general de la Compañía de Jesús, nos acerca con mano experta a este religioso, joven en años pero muy crecido en santidad.

Para comprender la auténtica personalidad de Luis Gonzaga es necesario liberarse de falsas ideas y reconstruir el cuadro histórico en el que vivió, conocer algo de las grandezas y miserias de la conocida familia de los Gonzaga y saber leer los documentos que nos hablan de este primogénito del marqués Ferrante. Así se podrá captar su vivencia evangélica, frente a la sociedad que lo rodeaba. Luis fue un muchacho de inteligencia vivaracha y despierta, de carácter fogoso como el de todos los Gonzaga, obligado a vivir, desde su infancia, entre los grandes del mundo de entonces, porque estaba destinado a ser uno de ellos: marqués imperial de Castiglione delle Stiviere. Estuvo sujeto al protocolo de las cortes no sólo de Castiglione, sino también de Florencia -con los Médicis (1576-1578)-, de Mantua (1579-1580) y de Felipe II (1581-1583) en España.



Bajo los cuidados de su madre, a la que amaba profundamente y de la que, con íntimo sufrimiento, estuvo forzosamente lejos, acogió y respondió a la voz del Señor que lo quería para sí: a la edad de diez años en la iglesia de la Annunziata de Florencia se ofreció a Dios, como tanto había deseado y pedido al Señor su madre. Poco a poco se volvió cada vez más intransigente con el mundo fútil que lo rodeaba. No era simple anticonformismo, sino la rebelión de quien, teniendo como ideal seguir a Cristo incondicionalmente, había decidido elegir más la pobre con Cristo pobre que la riqueza, las ofensas con Cristo ofendido que los honores (cf. IGNACIO DE LOYOLA, Ejercicios Espirituales, 167).

En el período que transcurrió en Mantua, Luis fue madurando progresivamente su proyecto de ceder a su hermano Rodolfo sus derechos al principado y entregarse enteramente al servicio de Dios. Manifestó sus inclinaciones a su madre (1583) y soportó la oposición de su padre y de cuantos estaban unidos a él, enfrentándose públicamente, casi burlándose, a aquel mundo contra el que se rebelaba. Su padre estaba orgulloso de él y se oponía persistentemente a su vocación: veía en él un gran heredero. Luis era consciente de esto y sabía también que su hermano segundogénito, Rodolfo, no tenía sus mismas cualidades, cosa que la historia confirmará, requiriendo nuevas intervenciones del habilidoso primogénito.

Así pues, mientras, por un lado, sentía la llamada de Cristo a seguirlo en la vida religiosa, también le asaltaba a su mente la otra alternativa: el bien que, como Marqués de Castiglione delle Stiviere, podría hacer en sus feudos no sólo a los súbditos, sino en la alta sociedad, de la que dependía

la suerte de tantos hombres. El problema no era fácil de resolver; requería una agudeza intelectual y espiritual nada común. Pero el criterio último para Luis era la voluntad de Dios y, una vez aclarado esto, nada le hará retroceder: ni la ira de su padre, ni el pensamiento de deber abandonar a su madre y, menos aún, los honores y riquezas. Precisamente por esto eligió la Compañía de Jesús, en la que entró en 1587. Habiendo comprendido el amor que había impulsado a Dios a hacerse hombre para dar la vida a los hombres, se enamoró de Cristo crucificado, animado por el deseo de salir de sí para darse por completo a los demás en esta Orden religioso-apostólica.

Pero este servicio de Dios por el bien de los demás no se identifica para Luis en una simple actividad exterior. Él ha comprendido que en la vida del religioso y del sacerdote este servicio también se realiza en la oblación de sí, en la transformación con la que, bajo el impulso de la gracia, el hombre aprende a hacer suyos los sentimientos del Señor y vive de su vida convirtiéndose en un auténtico apóstol.

En los años del noviciado y en el Colegio Romano, en los que Luis se preparó para su futura actividad sacerdotal bajo la guía de san Roberto Belarmino, su amor se hizo más profundo y le impulsó cada vez con mayor insistencia a abandonarse completamente a la voluntad del Señor que seguía llamándolo a sí. De este modo progresa rápidamente en la madurez cristiana, como el que ha comprendido que el grano de trigo debe morir para dar mucho fruto. Animado por esta fe alimentada en la oración e iluminado por gracias místicas, se ofrece con fortaleza y sin límites al servicio de los enfermos cuando, en la primavera de 1591, estalla una epidemia en Roma, donde él se encuentra como estudiante de filosofía. No obstante su incansable caridad hacia los pobres apestados, a quien él se acerca, cura y lleva entre sus brazos, Luis no contrae -por lo que nos consta- la terrible enfermedad contagiosa. Pero muere, tras un rápido y creciente agotamiento orgánico, el 21 de junio de 1591. Muere, pues, a causa de su dedicación, de su caridad.

Desgraciadamente no es este el retrato que muchos hagiógrafos han dado de Luis Gonzaga. Lo que de él se ha dicho y escrito, ha hecho de él un ser poco atractivo entre los jóvenes. Lo que, en cambio, hemos tratado de poner de relieve es que, por haber sido declarado patrono de la juventud, su figura ha de tener la resonancia que comporta este título. Paulo V lo beatificó en 1605 y Benedicto XIII lo canonizó en 1726.